

EL ALMA DE LA HUERTA

Barraca oriolana
modesta y galana,
que en medio de flores, palmeras y pomas
de intensos aromas
ufana
te alzaste, lo mismo que un nido de blancas
palomas;

lo mismo que un ave que ansiosa de suelo,
desciende del cielo,
repliega sus alas
y ceja gallarda en su vuelo
bajo unos naranjos por darles mayores encantos y
galas.

Barraca que fuiste en tiempos mejores
de fe, de virtudes, de amores,
de paz y alegrías alcázar dorado;
y musa creadora de mil trovadores,
de excelsos cantores,
que bajo la parra que prende a tus pajas dosel
encantado

la vida han pasado
cantando tus gracias con ansias febriles de ser
ruiseñores:

mi lira te entona mi más tierno canto,
en tanto ¡ay! en tanto
que al ver que se pierde
tu humilde figura del manto
que pone la huerta a tus plantas espléndido y verde,

se agolpa a mis ojos el llanto
y el alma la pena me muerde...
Cual frágil barquilla
que baja al abismo del mar proceloso,
al recio oleaje del siglo que brilla,
barraca sencilla,
tú bajas al seno sereno y brumoso
del mar de los años pasados sin puerto ni orilla.
Los hijos de aquellos huertanos
ingenuos y llanos,
que bajo tus cañas vivían satisfechos,
deshacen tus rústicos techos
profanos,
y llenan de envidias y de odios sus pechos.
La cruz que ciñendo con santa aureola
tus toscos contornos, allá en lo más alto clavada
tuviste,

por tierra ha rodado... Sin ella... ¡qué sola,
qué sola te encuentras...! ¡Qué triste, qué triste!
El río, que venía con loco alborozo
por verte en sus aguas, en largo sollozo
recorre su cárcel estrecha y angosta;
aquel jazminero que junto del pozo
cuajado de flores había, sin ellas se agosta.
Y desde la higuera que casi cubierta
te ve con sus hojas, como a jaula abierta
no llegan mil pájaros ya a hacer con sus trinos
armónica selva,

cuando abres tu puerta
a los indecisos fulgores del alba.
Ni extiende el huertano, como antes solía,
a tu pie una alfombra
de rosas más blancas que son en la aurora las luces
del día;

ni plácida sombra
le presta la parra... ¡Murió tu alegría!
Al verte sin flores, sin cruz y sin dueño,
¡tan triste! ¡tan sola...!, como un grato sueño
que pone un nostálgico chispazo en mi frente,
acude a mi mente
tu tiempo risueño...
Aquél de huertanas de su honra guardosas,
con blancas mantillas, con áureas peinas,
con prietos corpiños, con sayas airosas:
con algo de reinas
y mucho de rosas.

Aquél de huertanos que nunca llevaban ocultos
en el seno
la hiel ni el veneno,
sino sólo amores
y fe en el trabajo y en al que sus brazos tendió
protectores
prendida a tus pajas... ¡Aquél tiempo bueno,
de fiestas y bailes a las llamadas roncadas
que dio el tamboril:
de auroras, de zambras y rondas
de noches serenas y claras de Abril.
¡Barraca oriolana...! Tan rota y desierta,
de tantas miserias cubierta
tu pobre figura destaca,
que creo que la huerta no es ya aquella huerta
en la que te erguiste gentil y florida, modesta
barraca...

(En *Antología Comentada*, p. 74)